

VIAJE AL JORDAN.

Lunes 12 de Marzo.

Mi salida.—La fuente de los apóstoles.—La cueva de la parábola.—La tierra de promision.—La fuente de Eliseo.—La montaña de la cuarentena.—La Locandade Janá-Jabas.—La manzana de Sodoma.—Los beduinos.—El Mar Muerto.—El Jordan.—Ruinas de Jericó.—La piedra del coloquio.—Bethania.

I.

Grandes son los peligros que, segun me aseguraron varias personas de carácter, conocedoras del terreno, ofrece siempre el viaje al Jordan, y más en aquella ocasion, en que ya andaban excitados los beduinos con la batalla librada el dia anterior en los campos de Bethsabé. Los beduinos del Jordan han sido siempre los más feroces y fueron los que más costó derrotar al célebre Ibrahim Pachá. Otro enemigo más terrible aún se levanta contra el peregrino en el viaje al Jordan, cuyo enemigo es el sol, que en seis ó siete minutos que se reciba en la cabeza sin las precauciones debi-

das, produce una insolacion mortal. Segun me refirieron los frailes, el cónsul de Jerusalem anterior á mi amigo el Conde de Casa-Sarria falleció en pocas horas de una insolacion adquirida en las orillas del Jordan: una señorita francesa que juntamente con su madre fué en caravana á visitar el Jordan un año ántes que yo, la volvieron muerta á Jerusalem por haberse descubierto algunos instantes la cabeza tambien en las orillas del Jordan. Todos estos peligros, que me impusieron por cierto, no fueron bastantes para hacerme desistir de visitar aquel célebre rio. ¿Quién de la Palestina regresa á su patria sin pisar «la tierra de promision,» sin contemplar un momento siquiera «el mar» en que yacen sumergidas las ciudades de «Sodoma y Gomorra,» sin lavarse la cabeza con las «aguas del rio» en que San Juan bautizó á Cristo?..... El Presidente de Casanova, el Presidente de Bethlem y el célebre médico Carpani me aconsejaron que de ninguna manera emprendiese aquella expedicion soplando el viento Kausin, que allí pronuncian, Jausin. Y sin embargo, el Kausin fué mi compañero durante mi viaje á Oriente.

El Kausin, el temible Kausin, ese mortífero viento, que levanta en el desierto montañas de abrasadora arena, que sepulta en su seno las caravanas, ese soplabá cuando en Egipto crucé el desierto; el Kausin soplabá cuando fui á Bethlem y á San Juan, y el Kausin soplabá tambien cuando fui al Jordan. Yo me resolví á em-

prender la excursion, si bien tomando toda clase de precauciones; precauciones contra el sol, y precauciones contra los beduinos. Para librarme del sol forraron mi sombrero hongo con tela blanca, que en ondulantes paños caía por la espalda y por los hombros; metieron dentro paños mojados en agua, para que templara los rayos del sol, y colocaron encima un paño seco con el objeto de que el calor que á el agua comunica el sol me llegase á la cabeza. Para librarme de los beduinos formé una pequeña caravana, cabiéndome la suerte de que aquel dia marchase al mismo punto que yo, aunque por distinto camino, la caravana inglesa. Fray Giovane de Santa Teresa, Fray Francesco de Nápoles y el jóven sueco se negaron á ir conmigo, alegando su cansancio del viaje á Bethlem; y yo que ya iba conociendo aquellas costumbres, y por lo tanto las necesidades de aquel país, comprendí que para marchar al Jordan no era el mejor dragoman Rafael, porque viste á la europea; en España parecerá esto una inocentada, pero en Oriente es de gran importancia, y porque no tiene relaciones tan estrechas como otros con los beduinos. Con este fin llamé al principal entre los dragomanes, á Francisco Morcos. Francisco Morcos es alto, moreno, sombrío, viste á lo árabe y disfruta gran nombre entre los altivos habitantes del desierto. Despues de ajustar el viaje le pregunté:

—¿Tendremos algo que temer en el camino?

Y brillando sus ojos de fucgo, me contestó:
—Señor, á mí me corten la cabeza si un beduino le toca á vd. la solapa de la levita.»

Mi pequeña caravana se compuso de las siguientes personas: Francisco Morcos, dragoman, como si dijéramos director, que siempre marchó delante de nosotros montado en su caballo blanco; Fray José, segundo cura del convento de San Salvador el jóven italiano; Hassan, cabbas del cónsul español un múcaro, que guiaba un burro, conduciendo los equipajes; la escolta de beduinos y yo. Esta escolta; única y verdadera garantía que el peregrino tiene en aquella expedicion, se compone de un solo beduino. ¿Y cómo un beduino constituye la salvaguardia de una caravana? El beduino, de carácter casi incomprendible para los europeos, es ladron, tan asesino como ladron, y tanto como asesino noble, compasivo y generoso: rey del desierto á nadie rinde parias, y quiere que todo el que el desierto pise se las rinda á él. Como al tomar un beduino para escolta hay que retribuirle espléndidamente, esta retribucion, que reparten entre todas las tribus, es mirada por ellos como un tributo que los cuatro ámbitos del mundo pagan á su salvaje morada. No hay sjemplo de que caravana que haya llevado escolta de beduino haya sufrido jamás contratiempo alguno producido por los beduinos; antes al contrario, los beduinos son sus amigos, y los beduinos que se descubren imponentes en las cumbres de las montañas, ba-

jan al camino y se constituyen en defensores de la caravana. Arreglada así la mia, salimos al brillar la aurora por la puerta de San Estéban.

II.

Las ruinas de Jericó distan siete leguas de Jerusalem; el Mar Muerto dista diez; así es que la jornada de aquel día fué larga y penosa. Comenzamos alegres nuestra marcha, montados en caballos árabes, con sillas árabes, precedidos por el dragoman Morcos, que con aire de superioridad caminaba el primero á alguna distancia de nosotros. Intimamente relacionado con los jefes de las principales tribus de beduinos, tenia razon para ostentar su aspecto triunfal. Cruzamos el torrente Cedron, torcimos á la derecha bajando por la falda del monte Olivete, ó sea por medio del valle de Josafá; dejamos á la izquierda el huerto de Gethsemani; subimos por un sendero por el que muchas veces subió Jesucristo; doblamos la cumbre del monte Olivete en su parte más baja, y viendo la aldea de Bethania, que quedaba á nuestra izquierda, y que habíamos de visitar á la vuelta, comenzamos á bajar la pendiente y eterna cuesta que forman las montañas de la Judea.

Dos horas y media llevaríamos de camino y ya el sol abrasaba con fuerza, cuando nos paramos, echamos pié á tierra, y nos dirigimos á una abun-

dante fuente que brota á la derecha del camino, llamada hoy la Fuente de los Apóstoles. Esta fuente, que segun conjeturas debe ser la antigua fuente del sol, situada en el límite de las tribus de Judá y de Benjamin, conocida entre los árabes con el nombre de Bir El-Haud, estuvo en otro tiempo rodeada de muros, de los que aún se conservan restos. Como Jesucristo y los apóstoles fueron tantas veces de Jerusalem á Jericó y de Jericó á Jerusalem, se asegura que en ella se sentaba con los apóstoles Jesucristo, descansaban y bebían de su agua, por lo que se le designa, como hemos dicho con el nombre de Fuente de los Apóstoles: por eso todos los peregrinos que cruzan aquel camino se sientan en su ruinoso cerco, descansan un rato y beben de sus frescas aguas: tambien nosotros nos sentamos, tambien descansamos un rato y bebimos agua. Puestos de nuevo en movimiento, quejándonos ya de los ardientes rayos del sol y de los desastrosos efectos del kausin, que allí llaman "el viento del Mar Muerto," continuamos nuestro árido sendero, siempre bajando, pero siempre entre elevadísimas montañas, que ya presentaban erizadas cumbres de puntiagudas rocas, ya se extendían en dilatadas lomas, ya ofrecían profundísimos barrancos, ostentando en todas partes melancólicas ruinas de las que salían con frecuencia en raudal vuelo gran número de azulados cuervos y de palomas silvestres.

Las once serian, cuando bastante fatigados ya

llegamos á un punto de salvacion, á una gran cueva, único lugar de sombra que existe en todo el camino de Jerusalem al Jordan. A la derecha de aquel, subiendo cuatro ó cinco metros, se encuentra una espaciosa caverna con restos casi hundidos por completo de obra humana. A esta caverna, que los cristianos llaman la Cueva de la Parábola, dan los árabes el nombre de Khan el-Ahmar. En esta cueva sitúa Jesucristo la escena de la parábola por medio de la cual enseña lo que debe entenderse por prójimo; si bien algunos creen que aquella saludable leccion no fué parábola, sino un hecho efectivo, tanto que designan frente á la cueva al otro lado del camino el sitio en que estaba el herido y las ruinas del meson donde lo metió el samaritano. «Mas él, un doctor, queriendo justificarse á sí mismo, refiere San Lucas en su Evangelio, dijo á Jesus:

«¿Y quién es el prójimo?—Y Jesus tomando la palabra, dijo: un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó y dió en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron, y despues de haberle herido, le dejaron medio muerto y se fueron.—Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote, y cuando le vió pasó de largo.—Y asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar y viéndole, pasó tambien de largo.—Mas un samaritano que iba su camino se llegó cerca de él y cuando le vió se movió á compasion, y acercándose le curó las heridas, echándole en ellas aceite y vino, y po-

niéndolo sobre su béstia lo llevó á una venta y tuvo cuidado de él.—Y otro dia sacó dos denarios y los dió al mesonero y le dijo: cuidádmelo, y cuanto gastares de más yo te lo daré cuando vuelva.—¿Cuál de los tres te parece que es el prójimo de aquel que dió en manos de los ladrones?—Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues ve, le dijo entónces Jesus, y haz tú lo mismo.»—Cap. 10, vs. 29 y siguientes.

Cuando subimos á aquella cueva encontramos dos ingleses y dos franceses que con su dragoman estaban almorzando; tambien nosotros nos pusimos á almorzar; y como aquella cueva es la única sombra que se encuentra en muchas leguas al contorno, allí comenzaron á subir, segun costumbre, beduinos, pastores y hasta rebaños de cabras y carneros. Y ya que de estos animales hablamos por incidencia, y describir por separado no podemos los productos de la naturaleza en aquel país, digamos de paso que en Egipto tienen las cabras una gran convexidad en todo el frontal, ó sea en el testuz, y que sus orejas son tan largas que les llega al borde del hocico; en Palestina, ya lo dijimos al ocuparnos de Jaffa, tienen las cabras la misma convexidad que en Egipto, pero son mayores, y las orejas dos pulgadas más largas que el hocico, de modo que cuando apacientan las arrastran por el suelo; los carneros se hallan provistos de una cola tan disforme, que cuenta media vara de largo por otra media de ancho; parece un pe-

dazo de colcha que hubiesen dejado pendiente de su espalda. Hablando yo con extrañeza de tal circunstancia, me dijeron que en Jerusalem se venden con frecuencia colas de carnero que pesan cada una de diez y ocho á diez y nueve libras.

Así como en el desierto se levantan oasis que dan grata sombra á las cavernas, en el camino de Jerusalem á Jericó se abre «la Cueva de la Parábola,» que brinda también con apetecible sombra, y en ella se albergan durante las horas de aquel horrible calor, cuya intensidad no es fácil apreciar en España. toda clase de hombres, ó mejor dicho, toda clase de seres vivientes. Allí estuvimos algún tiempo en grato consorcio españoles, franceses, ingleses, beduinos, etíopes y pastores más negros que el azabache; cabras, carneros, perros y caballos. Allí nos esperaba nuestra escolta, porque allí comienza el peligro, y allí me dijo un francés:

—Acaba de manifestarme mi dragoman, que si no llegan vdes. no pasamos de aquí, porque hoy teme seamos asaltados por los beduinos. Pero Francisco Morcos que lo oyó, exclamó con mal gesto dirigiéndose á mí:

—Ya he dicho á vd. que me cortan la cabeza, se algún beduino le toca á vd. la solapa de su levita..... Francisco Morcos nos dió de almorzar huevos duros, gallina asada y naranjas de Jaffa; de cuyo almuerzo hicimos participar á los beduinos y etíopes que nos rodeaban. El beduino que iba á servirnos de escolta, era un jóven de veinte

y dos años, moreno como todos los hijos del desierto; pero de rostro en extremo simpático, de hermosísimos ojos negros, de pupilas muy vivas, de maneras agradables, y se llama Mahomet, que ellos pronuncian Jamleth: Mahomet iba descalzo y vestía una túnica color claro, á cuya túnica dan el nombre de *Cambat*, sujeta á la cintura por una faja, *Hgsam*, un gran pañuelo flotante sobre la cabeza, *Keffie*, sujeto á las sienes con un cordón, que les rodea la frente, *Marir*; llevaba ceñida á la cintura una gran pistolera con dos pistolas, *Betel-tabangat*, y una larga espingarda cruzada á la espalda. Cuando ya hubimos descansado, nos levantamos todos, y todos unidos, y así engrosada mi pequeña caravana, rompimos la marcha montados en aquellos infatigables caballos, que hacen larguísima jornadas y galopan y salvan montañas sin comer más que dos veces al día, y sin beber más que una. Al fin rendidos, no tanto por el cansancio como por el sol y por el *kausin*, por aquel temible viento, que abrasa, que levanta la piel, del que tantas veces había yo hablado en mi cátedra de geografía, y cuyos efectos ya conocí en Egipto al cruzar el desierto de Sahara; rendidos, como digo, entramos en las fértiles cuanto descuidadas llanuras de Jericó.

III.

Los campos de Jericó, que en otro tiempo formaron parte de la tierra prometida al pueblo de Israel, son unos vastos y amenos terrenos, que se extienden á la orilla derecha del Jordan, limitados al Oriente por las altas y escarpadas montañas de Moab, al Occidente por las montañas de la Judea, cuyas dos cordilleras forman «la region hidrográfica del Jordan,» al Sur por el Mar Muerto y al Norte por Nazareth, distante de este punto sobre cuatro jornadas. Desde las montañas de Judéa á las montañas de Moab, habrá cuatro leguas. Cuando saliendo nosotros del árido y pendiente sendero que hacia siete horas llevábamos por las montañas de la Judea, entramos en las verdes, en las frondosas campiñas de Jericó, recibió mi ánimo una agradable impresion. Me pareció hallarme en los campos de mi patria, pero á mediados de Julio, porque el suelo estaba cubierto de arbustos, al pié de los cuales serpenteaban cristalinos arroyos de floridas márgenes; porque el trigo ofrecia ya sus espigas casi sazonadas; porque cantaban las cordornices; porque cantaban otras aves para mí desconocidas, y porque surcaban el aire las azules golondrinas y los negros vencejos; todo era allí vida, todo era belleza, todo animacion.

Entónces, volviéndose hácia mí el jefe soberano de nuestra caravana, el sombrío Francisco Morcos, me dijo:

—Señor..... vamos esta tarde á ver la montaña de la cuarentena y la fuente de Eliseo, y mañana, ántes que salga el sol, visitaremos el Mar Muerto, el Jordan y las ruinas de Jericó; porque si esta tarde nos dirigimos al Mar Muerto puede que tengamos algun contratiempo con el kausin. Aprobado por todos su parecer, torcimos nuestra marcha sobre la izquierda, y caminando hácia el Norte por aquellos valles, que ya no veré más, llegamos despues de un cuarto de hora al pié de una montaña cónica, que se alza árida y sombría entre otras muchas que la rodean. Cual si esta cónica montaña estuviese cortada por un plano perpendicular á su base, ofrece una proyeccion blanquecina. Esta montaña es la célebre montaña de la cuarentena; en medio de la cara de aquella proyeccion, equidistantes de la falda y de la cumbre, se abren las bocas de seis ó siete cuevas de peligrosa subida, la principal de cuyas cuevas, que se conoce muy bien, porque para ello han labrado á pico la parte de roca que la entorna, es en la que vivió Jesus cuarenta dias y cuarenta noches; la cumbre del monte, donde el diablo lo tentó en vano, manifestándole países y reinos y coronas y oro y placeres; las demás cuevas las ocuparon antiguos ermitaños, que en ellas pasaron la vida entregados á la más austera penitencia y á la más fervorosa devocion.

Despues de contemplar todos nosotros aquella montaña con religioso silencio, y despues de re-